

# Por la fe...

Una aproximación al Antiguo  
Testamento bajo la guía del  
Espíritu Santo

# JOSÉ

*por Antoni Mendoza i Miralles*

16

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003  
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)  
correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es  
Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

*«Por la fe José, muriéndose, se acordó de la partida de los hijos de Israel; y dio mandamiento acerca de sus huesos»*  
(Hebreos 11:22).

Nuevamente nos enfrentamos con el momento de la muerte, que es uno de los momentos más importantes de la vida. El Señor nos habla de él por segunda vez en éste capítulo, y cuando las Escrituras nos hablan repetidamente de un hecho, hemos de considerarlo con especial atención.

Nosotros nos planteamos el momento de la muerte de diferentes maneras, pero aquí se nos presenta de una manera especial: Dios quiere que lo consideremos desde la perspectiva de la fe. Por eso selecciona a Jacob y a José, y destaca la fe que evidenciaron en ese momento concreto de sus vidas: “Por la fe... muriéndose”.

Cuando consideramos ese momento de la vida, a menudo nos viene a la memoria las palabras de testimonio de Pablo, en 2 Timoteo 4:6-8. En ellas encontramos la evaluación final de una vida de servicio fructífero al Señor. Pero Dios nos presenta en José el momento de la muerte desde una perspectiva de la fe actuando. ¡Claro que está bien que Pablo haga una evaluación de todo su ministerio al final! pero hemos de recordar que la vida de fe y los hechos de fe han de seguir hasta el último momento de nuestra existencia. Una vez hemos evaluado nuestra vida de servicio a Dios, aún hemos de bendecir y adorar por la fe, y aún hemos de recordar y dar mandamientos por la fe.

## **El personaje**

José es un personaje muy conocido del Antiguo Testamento. Fue el doceavo hijo de Jacob, y el primero que tuvo de Raquel. Únicamente tenía un hermano más, Benjamín; pero tenía once hermanastros: siete de Lea, la hermana de su madre, llamados Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón y Dina, la única mujer; dos de Zilpa, la sierva de Lea, llamados Gad y Aser; y dos más de Bilha, la sierva de su madre, llamados Dan y Nefatalí.

Cuando nació, su madre consideró que con él Dios le había quitado su oprobio, puesto que había estado estéril por muchos años, y Dios finalmente había hecho el milagro de hacerla fértil y madre (Gé 30:22-24)

La siguiente noticia que tenemos de José es cuando ya tenía 17 años. Lo encontramos cuidando de los rebaños de su padre con sus hermanos. Mientras estaba con los hijos de Bilha y Zilpa, informó negativamente de ellos a su padre (Gé 37:2).

Es cierto que fue el preferido de su padre, lo quedó evidenciado cuando le regalo una túnica especial que lo distinguía de sus otros hijos. Este trato especial de Jacob hacia José hizo que sus hermanos lo odiasen. Jacob cometió el mismo error que sus padres, que tantos problemas trajo a su vida; pero no aprendió la lección, y tuvo que sufrir las consecuencias.

Los sueños que José tuvo, que indicaban el lugar principal que tendría entre lo suyos, hizo que sus hermanos aún lo odiasen más, y que pensarán en matarlo, aunque acabaron vendiéndolo como esclavo (Gé 37).

Vivió momentos muy difíciles, cuando llegó a Egipto como esclavo, para poder mantener su integridad. Pero entendió que todo aquello había sucedido por permisión Divina, por eso no se quejó ni guardó rencor a sus hermanos, como se ve cuando les dijo: *“Ahora pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; que para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros: que ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aun quedan cinco años en que ni habrá arada ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros, para que vosotros quedaseis en la tierra, y para daros vida por medio de grande salvamento. Así pues, no me enviasteis vosotros acá, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón, y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto”* (Gé 45:5-8).

Cuando cumplió los 30 años se produjo una inflexión en su vida, pues llegó a ser el segundo en Egipto, detrás de Faraón (Gé 41:39-46). Pudo volver a ver a su padres y a sus hermanos, especialmente conoció a Benjamín; y proveyó para su familia un lugar en Egipto donde estar hasta el momento de volver a la tierra de la promesa cómo un pueblo numeroso.

Se casó, a los 30 años, con Asenat, que le dio a Manasés y Efraim, que conocamos (Gé 41:45, 50-52). Conoció a sus nietos, y murió a los 110 años rodeado de los suyos (Gé 50:22-23).

## **La fe profética**

Después de la visión sintética que hemos hecho de la vida de José, volvamos a nuestro texto en Hebreos, que nos habla de la relación existente entre la fe y la profecía. Fe y profecía son dos elementos íntimamente relacionados. Aunque la profecía se fundamenta en quien la da, el Dios que es verdad, y en los hechos profetizados que se han cumplido en el pasado, sin la presencia activa de la fe no sería más que una posibilidad o un deseo.

La palabra profética tiene, al menos, dos propósitos: el primero es autenticar que la Palabra viene de Dios y es cierta (Deut 18:20-22), y el segundo, incentiva la fe del creyente.

José había recibido la Palabra de Dios de su padre. Había guardado en su mente las palabras que Jehová había jurado a Abraham, Isaac y Jacob: las promesas de una tierra, de un pueblo, de una bendición personal y de llegar a ser instrumentos de bendición a todas las naciones. Eran verdades que le había sido enseñadas, que había aprendido, y que recordaba. Pero, ¿eso era todo? Muchas veces la Palabra de Dios es eso para nosotros: verdades que nos han sido enseñadas, que hemos aprendido, y que recordamos en nuestra mente. Y a menudo, cómo estamos en un tiempo de gran apostasía de la verdad, estamos convencidos que eso ya es mucho. Pero olvidamos que hay otros peligros, juntamente con

el de la apostasía, el de mantener credos y/o verdades correctos sin tener una vida espiritual.

Cuando comenzamos estas consideraciones en el capítulo once de Hebreos, definimos la fe como creencia y como confianza, una creencia y una confianza total en Dios y en su Palabra. El testimonio que nos da José es que no solamente creyó en la palabra que Dios había dado a sus padres, sino que también confió en ella. Para José todas aquellas promesas eran reales, aunque no vería su cumplimiento con los ojos físicos. La Palabra de Dios, las promesas de Dios, era cierta, y él vivía consecuentemente: las promesas alimentaron su vida hasta el mismo momento de su muerte. Fe viva en el Dios vivo, y en la Palabra viva de Dios, hasta el mismo momento de la muerte. El veía i vivía como una realidad presente el cumplimiento de la Palabra, y lo hizo evidente por lo que dijo y por lo que hizo.

Hemos de reflexionar sobre la necesidad que tenemos de que nuestra creencia en la Palabra de Dios, y en el Dios de la Palabra, sea viva, lo cual es posible por la obra del Espíritu Santo en nosotros. El Espíritu Santo hace que la Palabra, que la doctrina, sea una realidad viva en nuestras vidas. Necesitamos tener una sana doctrina junto con una santa vida, necesitamos transmitir ésta sana doctrina junto con una santa vida, y necesitamos encargar a los que vienen detrás nuestro que preserven, en el nombre de Dios, la sana doctrina junto con una santa vida (2Tim 2:2).

He aquí la fuerza del testimonio de José, que nos presenta la Escritura. El había recibido la verdad de Jacob, éste de Isaac, i ésta a su vez de Abraham. Mantuvo el testimonio recibido hasta el último momento de su existencia terrenal. Se acordó de la verdad “por la fe”; y eso impactó en sus descendientes, como lo vemos en el hecho de que cuando salieron de Egipto aún guardaban los huesos de José, que llevaron a la tierra de la promesa (Éx 13:19); a pesar de la decadencia espiritual que el pueblo de Israel experimentó a través de los años.

## **La certeza de lo que sucederá**

Pablo dice que José “se acordó” del éxodo de los hijos de Israel, y Moisés dice en el Génesis que José dijo: “Y conjuré José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos” (Gé 50:25). Su “acordarse” fue el testimonio de un hecho futuro que para él era totalmente cierto. La palabra “ciertamente” hace que todo sea diferente en la vida.

Vivimos en una época tremendamente relativista, y ésta realidad ambiental también ha penetrado en la forma de pensar y de sentir de los cristianos. Incluso los que mantenemos firmes convicciones bíblicas nos damos cuenta que necesitamos la firmeza del “ciertamente”. En nuestras expresiones y actuaciones encontramos a faltar la firmeza que tiempo atrás otros santos hermanos demostraron en su forma de hablar y de actuar.

No podemos aceptar que ésta sea una nota característica del pueblo de Dios en nuestros días, pues aunque las circunstancias y las personas cambian, nuestro Señor no (He 13:8), ni su promesa de permanecer con nosotros (Jn 14:16-18, 25-26; 15:26; 16:13-15; Hch 1:8 comp. Hch 2:1-4). Él es en nosotros y con nosotros, mediante el Espíritu Santo que bajó del cielo para cumplir la promesa de Cristo a sus discípulos el día de Pentecostés (Mt 28:20).

Necesitamos recuperar el “ciertamente” de José, y de tantos y tantos santos a través de todas las dispensaciones. No es un hecho excepcional para personas excepcionales, o para un tiempo excepcional. Y si fuera así, tendríamos que recordar que el cristiana siempre es una persona excepcional en un tiempo excepcional, una luz en medio de las tinieblas (Mt 5:14-16), una oveja en medio de lobos (Mt 10:16). José, un santo de la dispensación de la Promesa, nos es presentado como ejemplo a aquellos que nos ha tocado vivir al final de la dispensación de la Gracia. Un buen ejemplo, un santo ejemplo, un ejemplo desafiante... que nos deja sin excusa delante de la presencia de Dios.

Clamamos a Dios, oficiando sacerdotalmente el sacrificio de nuestros cuerpos, nuestro culto y servicio espiritual, para vivir y morir con una fe viva que nos permita decir: “Dios ciertamente...”.

## **Sepultado en la tierra de la promesa**

La Escritura nos indica, con el ejemplo de José, la manera en la que los creyentes a través del tiempo han enterrado a sus muertos. Actualmente cada vez está más extendida, entre los creyentes, la costumbre de la incineración. No es una costumbre nueva, pero en nuestra sociedad judeocristiana no ha sido esta la manera normal de enterramiento.

No vamos a presentar la enseñanza de la Escritura sobre el enterramiento, pero si destacaremos que José, siguiendo la pauta de la familia de la fe, cuando murió ordenó ser sepultado, no incinerado, aunque parecería que esa segunda opción hubiera sido más práctica, dado que su entierro definitivo debía llevarse a término tiempo después y en otro lugar. Quería que sus restos, “sus huesos”, fuesen enterrados en la tierra de la promesa, donde estaban los de sus padres.

Era un testimonio de que un día los hijos de Israel volverían a la tierra de la promesa. Entonces, la tierra en la que habían peregrinado sus padres sería de ellos, sería su tierra, y allí encontraría su hogar. La promesa de Dios se había de cumplir, y José quería testificar de su fe después de muerto, puesto que sus huesos no descansarían hasta ser enterados en ella.

Es muy importante dejar un buen testimonio cuando marchemos con el Señor: un recuerdo de nuestra confianza en Dios y su Palabra. Necesitamos que nuestra vida sea un buen ejemplo y testimonio a los demás, pero también hemos de procurar ser de bendición aún después de muertos.

En el mejor de los casos, pensamos en pasar por esta tierra sin ser de tropiezo para nadie. Pero hemos de pensar en el bien que nos hace recordar como otros creyentes veían en futuro, aunque sabían que no lo disfrutarían físicamente. Ejemplo de ello ha sido el trabajo de fieles creyentes por proveer de versiones fieles de la Escrituras. Veían por la fe que estas llevarían a muchos hombres i mujeres a la fe en Cristo, y al establecimiento de muchas iglesias conforme al Nuevo Testamento. Éste ha sido el testimonio que los fieles traductores de la Palabra de Dios del pasado nos dejaron, para los del presente.

Una buena pregunta para hacernos sería: ¿Qué podemos hacer, tu y yo, para que una vez marchemos a la presencia del Señor nuestras palabras y nuestro recuerdo sea un elemento de santo desafío a otros para hacer bien la obra de Dios? Y toda pregunta exige una respuesta, que no hemos de pasar por alto.

## **Esperando la resurrección en la tierra de la promesa**

De alguna manera, aunque fuese a través de sus huesos, José esperaba entrar en la tierra de la promesa con el pueblo de Dios. Pero José también quería que su cuerpo esperase la resurrección en aquella tierra. ¿Qué sentido tendría si no el hecho de querer ser sepultado en un lugar u otro? ¿Pero era únicamente eso, o también deseaba que su cuerpo se levantara desde la tierra de la promesa en el tiempo de la resurrección? La manera bíblica de enfrentar la muerte es radicalmente diferente de cualquier otra.

Pero nosotros, ¿tenemos presente éstas cosas? ¿Enfrentamos así el momento de la muerte? En ocasiones, el momento del entierro queda reducido a un ritual cristiano, y cuando eso sucede es porque antes la propia vida se ha convertido en un ritual cristiano.

Nosotros, los cristianos, no tenemos las mismas promesas terrenales que Dios dio al pueblo de Israel. No tenemos la promesa de

una tierra física, y cualquier lugar es bueno para que nuestro cuerpo sea enterrado. El énfasis para nosotros no es el lugar físico concreto donde hemos de ser enterrados, sino la condición espiritual en que ese momento nos llegará. Que diferente es enterrar a un hermano que ha vivido en la esperanza de la resurrección, que a otro que no ha evidenciado ningún testimonio de una fe viva en las promesas de Dios al final de su existencia terrenal.

Los creyentes somos llamados a evidenciar nuestra condición espiritual, y consecuentemente, lo que tenemos de diferente con la gente que nos rodea mientras vivimos... y en el momento de la muerte. Necesitamos que la palabras “por la fe... muriéndose” queden en el recuerdo de nuestros amigos y amados, incluso en el de nuestros enemigos, el día de nuestra marcha a la presencia del Padre. Dios permita que sea así.

*Edicions Cristianes Bíbliques*